

toridad ; pero levantémosla con la educacion, endiosémosla con el amor, honrémosla con la estima ; y no, á fuer de católicos, andar deprimiendo á los pueblos donde ella ha preponderado más, para regalarla con una superioridad fantástica, superioridad y felicidad de que no goza todavía en los cristianos. « Se detuvo, se volvió á ellas, y les dijo : Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos. » Desde Jesus hasta nuestros dias, llorando están por ellas y por sus hijos, y diciendo : Piedras, rodad sobre nosotras ! montes, cubridnos !

Por una ley antigua las matronas romanas no podian llevar sobre sí más de dos onzas de oro en adornos y arrequives : tanta sencillez y pobreza las humillaban : echaron de manga á un senador galante, y éste propuso la abolicion de la ley, contra el parecer de los más graves padres conscriptos. Caton pronunció un discurso convincente acerca de mantener la ley suntuaria : Las estatuas que hemos traído de Siracusa, dijo, creedme, son nuestros enemigos más temibles. Hablaba contra el lujo. Empero las damas romanas se habian levantado en globo : con mil voces estaban suplicando, con mil manos estaban ordenando : lágrimas, amor, promesas, nada omitieron. Habia por entónces un famoso libertino llamado Julio César : éste se decidió por las joyas femeninas y, á pesar de la autoridad de Caton, riéndose de sus pullas, echó abajo la ley con su elocuencia. Ese pillo sabia que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere ; y puesto que la púdica Diana no habrá querido que las mujeres anduvieran abrumadas de oro y pedrería fina,

el orador de los anillos dijo lo que despues dijeron los franceses : *Ce que femme veut, Dieu le veut*, y la ley fué derogada. Decidme ahora que las mujeres nada podian en Roma.

No pretendo que entre los mártires de la religion cristiana, entre sus santos, no haya modelos dignos de ser imitados ; pero éstos, á mi modo de ver, no son esas mujeres insensatas, histéricas del fanatismo, cuya virtud y santidad consisten en comer yerbas crudas, como bestias, y dormir sobre tres guijarros, uno para la cabeza, otro para medio cuerpo, otro para los piés, puente de dos arcos por los cuales pasan en caudal negro y soñoliento la locura y la ignorancia, como he leído que más de una desdichada lo practicó en la vida. Digo lo practicó, y no lo ha practicado, porque el género humano, en feliz y diario mejoramiento, no cae ya en esas demencias de santos frenéticos é impios, cuyo timbre es envilecer la obra del Criador y desfigurar su imágen. El cordero pascual era escogido entre los más sanos, más bellos y robustos ; y no se hubiera agrado la Divinidad de un sacrificio cuya víctima fuera una alma ridícula, estragada por la roña, macilenta, fea á la vista y repugnante al paladar. La virtud del cuerpo, virtud física ofrecida á Dios en forma de hambre, azotes, demacracion horrible, llagas vivas, es fiesta nefanda. Lastimarse la espalda con las disciplinas, amortiguar el brazo con los cilicios ; perder belleza, fuerzas y salud, ¿ es ser digno de la hermosura y la salud eterna ? Las virtudes propiamente dichas son impalpables : no tienen carnes que abrirse con pelotas de puntas de vidrio ; no

tienen estómago que atormentar con la necesidad ; no tienen cabeza que perturbar con el insomnio : el hombre ó la mujer que se aproxime á Dios con el amor violento de los serafines, ese es el santo, esa la santa, porque en ese amor están ardiendo todas las virtudes. Los santos del azote me causan horror : esa no es sino la estupidez sanguinaria que se está agitando sin objeto. Santas como santa Ines, que sufren el martirio y mueren por Dios, ántes que salvar la vida y ser felices del mundo á costa de la conciencia y la virtud, dádmelas. ¡ Y cuán bella es esa niña de quince años ! y cuán fuerte en su infantil debilidad ! Tesoros, promesas, amenazas, todo en balde : el tirano, desesperado, cae á sus plantas, echa lágrimas ardientes de amor y crimen : enfurecido, se endereza, grita á sus esbirros, da órdenes foribundas : la jóven, serena, inflexible, y siempre hermosa, sonríe á la muerte que ya llega en las puntas de las lanzas. La hirieron, murió ; murió por su religion y su honra : murió virgen, inocente, subió al cielo en alas de los ángeles. Y alas de los ángeles no fueron para ella hambres continuas, maceraciones insensatas, martirios indignos ; fueron esas invisibles que desplegan las virtudes, y se mueven á impulsos del Altísimo, que sopla en ellas y las envía por las regiones de la gloria en armonioso movimiento. Santa Teresa de Jesus elevada á la inmortalidad en esos éxtasis sublimes que la ponen en contacto con los séres divinos, y la hacen gozar anticipadamente de una ráfaga de gloria eterna, esa es la que me causa maravilla y me infunde anhelo de una imitacion imposible. Santa Mónica, madre de san Agustin, tomada de ese amor de los serafines, practicando las obras de misericordia, colgada

del Señor todopoderoso y misericordioso para que llame á su hijo querido, esa es la santa. De ser un idiota que pasa el dia en la ociosidad metido en la iglesia, y la noche se tira sobre cama de hortigas, dándose á entender que es santo, quiero ser pecador hombre de bien, que á lo ménos honra á Dios con el pensamiento y sirve á sus semejantes con el trabajo. Vosotros quereis, pseudo-católicos, nos pongamos á dormir sobre un monton de espinos, como lo haceis vosotros, salvo el derecho de levantaros en lo oscuro y pasar de puntillas al dormitorio de vuestro amigo ausente... *Bene quidem* : mi senda es otra : si llevo á Dios, no ha de ser por la tortuosa de la hipocresía.

Bella será y amable « la jóven que prende su cerilla y la pone á *su patron* por la salud de su hijo. » Ni mio es el trigo ni mia es la cibera : muela quien quiera ; mas ruegoos considereis otro refran que dice por ahí : ir por lana y volver trasquilado. Mondos y lirondos os hallais, amigos ; que á nuestro modo de ver, os hemos trasquilado, y á cruces ; lo que los latinos llamaban *turpiter decalvare* ; y el Fuero Juzgo *esquilar laidamente*. Jóvenes bellas y amables, las puede haber entre los romanos, puesto que no pongan *cerillas*, ni tomen las hebillas... de don Diego, como vosotros : veamos si las hay sublimes. Cecina Peto, varon de pro, ha tomado cartas en la conspiracion de Escriboniano contra el emperador : Escriboniano sale mal y muere : Cecina Peto anda vacilando y temeroso. Es de saber que en ese pueblo, el condenado á muerte que la esperaba de manos del verdugo, quedaba infame : el modo de salvar la honra

era anticiparse al ejecutor con la propia. Arria, mujer de ese hombre pusilánime, aterrada del peligro que está corriendo su marido de tener mala muerte, toma un cuchillo, entiérraselo en su propio seno, sácalo chorreando sangre, y con divina sonrisa se lo presenta á su marido diciendo: *Pæte, non dolet!* Peto, no duele. Peto, avergonzado, toma el cuchillo, y hace su deber. Esta no es bella y amable; pero es bella y terrible; ejemplo inaudito de valor y denuedo, que con una proeza salva á su esposo de la infamia.

Cuánta delicadeza en la muerte de la mujer de Fulvio! Era éste un privado de Augusto que poseía sus secretos, y á su vez se los recomendaba á su consorte. Mujer no los podía callar, y descubrió uno de no poco momento. Fulvio experimenta en breve el ceño reprochador de su amo: desesperado, corre á su mujer, y le cuenta lo que pasa. Con razon, y muy bien merecido, responde ésta: bien sabes que no tengo ningun poder sobre mi lengua; y con todo no dejás de recargarme de secretos. Mas á todo se puede dar un corte; y pues yo he sido la causa de tu desgracia, yo quiero darte el modo de remediarla: muere, amigo querido: sigue á tu esposa, la cual, si no ha alcanzado á preservarte de los peligros con el silencio, no se verá falta de ánimo para salvarte con el ejemplo. Y diciendo y haciendo se mata á ojos vistas de su marido, no tanto asombrado, cuanto pronto á imitar el heroísmo de su mujer sublime.

Ahora supongo que quereis tambien una jóven her-

mosa y amable, y me la exigis como prueba de la bondad y la belleza de esos tiempos, grandes tiempos de Grecia y Roma? Vedla aquí, y mirad si no vale tanto, y acaso más, que *la del patron y la cerilla*. — Cleombroto, yerno de Leónidas, rey de Esparta, se ha revelado contra su suegro, le ha vencido y expelido de Lacedemonia. Quelonisa, hija del rey en desgracia, deja á su marido triunfante, y se va al destierro con su anciano padre: allí fué para él ojos de ciego, piés de cojo; todo lo que era el santo Job para los predilectos del infortunio. Pero Leónidas tiene su bando en la patria ausente; y como la prosperidad raras veces tiene vuelta de hoja, Cleombroto se viene á tierra, vuelve su suegro, tornan las cosas á como ántes eran. Y Quelonisa? Quelonisa deja á su padre vencedor, y se va al destierro con su marido desgraciado. Allí fué para él madre, esposa é hija. Es ó no amable esta jóven? es ó no buena esta hermosa jóven? *La cerilla*, está bien: cualquiera la puede poner, que sea buena, que sea mala: abrazar en todo caso el partido de los dolores, enjugar lágrimas, ser báculo de la vejez, amor del corazon, ángel de la guarda del vencido, siempre del vencido, esto es santidad; y estas mujeres, como la vestal Tuccia, pueden traer agua en un harnero. La sangre de una muchacha buena, pura, como la del cordero con que fueron señaladas las puertas de los israelitas, salva del exterminio á toda una raza. El que una posesa del demonio del fanatismo duerma sobre tres piedras, y coma tres habas crudas por dia, á nadie aprovecha; al paso que las acciones que envuelven amor y abnegacion, son prendas de la grandeza del género humano y gloria

del Criador. Jesus anduvo siempre tras los que podian necesitar de él : no vivió encerrado en una cueva, ni se maceró las carnes, ni dió en esas bajas demostraciones de arrastrarse y desfigurarse, como despues lo han hecho algunos frenéticos, echándolo á cuenta suya, y como quienes practicaban las virtudes.

Ahora viene Lucrecia. Todos preferiremos siempre á Maria, madre de Dios, sobre Lucrecia, mujer de Colatino, esto es sin duda : no hay, no puede haber contraposicion, rivalidad entre ellas : la virtud se junta con la virtud á pesar de tiempos y distancias. Mahoma ha reunido á Maria, hermana de Moises ; Maria, madre de Jesus ; Cadijah, su esposa ; Fátima, su hija, y las ha llamado « las cuatro mujeres perfectas : » vosotros, cristianos de por ahí, tomariais por los cabellos á Fátima y Cadijah, y sin averiguar su condicion, sin meteros en consultas con el Juez supremo, las aventariais al infierno, tan solamente por que eran esposa é hija de Mahoma. Este ha hecho lo contrario : ha tomado á la hermana de Moises y la madre de Jesus, y las ha puesto como las dos primeras mujeres perfectas. Volveis, pues, al verdadero, ménos benigno, ménos perdonador que el falso profeta. Guárdeme Dios de querer igualar á esas mujeres : lo que hay de virtud en ellas, si es virtud, todo se saldrá allá ; mas el santo privilegio de Maria de ser madre del Enviado de Dios, la levanta sobre las personas de su sexo y sobre el género humano. Si á grandeza de alma y á virtudes va, Lucrecia, la suicida, hubiera sido santa Lucrecia, si en tiempo de los reyes hubiera curia romana, y se usara mandar allá cincuenta mil pesos para

las diligencias legales de la canonizacion. Ya veo que se os erizan los cabellos, rugis de cólera y huis de espanto haciéndome cruces : no importa : Lucrecia, mujer de Colatino, hubiera sido santa Lucrecia, y vosotros le hubierais puesto velas, pidiéndole sabe el diablo qué cosas ilícitas con vuestras secretas oraciones. Lucrecia es un conjunto de virtudes, virtudes cristianas : modesta, humilde ; pues siendo gran señora, trabaja en uno con sus criadas. Caritativa ; pues no habla de ni hace mal á nadie. Honesta ; pues por haber perdido la honra á pesar suyo se da de puñaladas. Aquí está lo malo, decis : con este hecho impiamente heroico pierde todas sus virtudes. No es así : una mujer cristiana, desde luego, luchara hasta la muerte ; y si la defensa hubiera flaqueado por falta de vigor, todavía le quedaba el último arbitrio, cual era quitarse la vida ántes de la consumacion del sacrificio. Si nuestras ideas reinaran entonces, Lucrecia hubiera hecho lo propio ; mas el cristianismo no iluminaba aun la tierra, y una mujer, por santa que fuera, no podia atenerse á sus prescripciones ni sus prohibiciones. Mas aun : la esposa de Colatino, léjos de cometer un crimen con suicidarse, no consumaba sino una accion indiferente segun los principios de esos tiempos ; indiferente, si ya no era virtuosa, como indicador de ánimo fuerte y virilidad siempre bien vistos por los romanos. Ni la religion, ni las leyes, ni las costumbres prohibian el suicidio ; y habia de ser criminal quien lo verificaba ? Y echad de ver que no aplaudí en Lucrecia el suicidio, ni pretenderia yo que todas las mujeres se matasen, si sufriesen la desgracia de esa antigua : el amor á la honra, la virtud sin límites,

la pureza del alma irritada que la ponen en la necesidad de quitarse la vida, esto es lo que me enfervoriza. Lo que yo quisiera que nuestras mujeres aprendiesen de Lucrecia seria la fidelidad, la buena fe, y esa honesta pasión á su marido, que no le permiten vivir despues de haberlas violado. No, no quise la imitasen ni en el gentilismo, ni en el suicidio. Era éste accion tan inocente entre griegos y romanos, que por el mismo caso venia á ser muy comun. Para ciertas escuelas, como la de Hegecias, rara virtud quitarse la vida; y tan elocuente el sofista, que Antígono hizo cerrar de mano poderosa la dicha escuela, no fuese que su reino quedase despoblado. Todos saben que Ambrociata, como acabó de leer el Fedon de Platon, corrió al mar y se echó en él de cabeza. Hubo tiempo en que las doncellas milecianas dieron en matarse, tomando tal incremento su locura, que los legisladores intervinieron en ese fúnebre negocio con leyes diferentes. Nada pudo eso con las muchachas enloquecidas por obra de « una extraña melancolía, » segun dice el historiador que trae este caso: ni exortaciones de los sacerdotes, ni expedientes de los magistrados, ni lágrimas de los padres. En este conflicto, los senadores dieron una ley, la cual disponia que el cuerpo de la suicida fuera colgado desnudo en la plaza pública. La providencia fué eficaz: pudo alcanzar lo que no habian alcanzado amor ni consejo. Y no vayais, cazadores de contradicciones, á tomarme en una de bulto, habiendo yo dicho poco ha que las leyes no prohibian el suicidio. No lo prohibian: este fué un caso excepcional, y como desgracia extraordinaria que amenazaba con la ruina de Mileto, el legis-

lador debió meterse de por medio: bien así como le sale al frente, y con sabias providencias le barrea el paso á la peste, sin que haya dado leyes contra ella en tiempos de mortalidad: la mortandad es caso raro, al cual conviene acudir con arbitrios supremos.

Matábanse los hombres por tan leves causas en aquellos siglos, que parecia se mataban no más que por matarse. Midas se quitó la vida tomando por mal agüero el ladrar de un braco: Aristodemo, porque habia tenido un sueño triste. En Roma, Lucio Aruncio se dió la muerte, por huir, dijo, del pasado y del futuro. Granio Silvano y Estacio Próximo, por no aceptar la gracia de hombre tan malo como Neron. En la antigua República de Marsella guardaban por cuenta del erario cicuta preparada para las personas que quisieran salir de este mundo, adelantándose por su cuenta en demanda de los secretos eternos. Tal era el suicidio en la antigüedad, ¡y venimos á condenar á Lucrecia por suicida! Los españoles juzgaron en Méjico, y condenaron á muerte á Cuelpopaca, general de Moctezuma, segun las leyes de España. Montesquieu dice que este es el ejemplo más raro de esas usurpaciones sangrientas con que los hombres han lastimado la justicia. Otro tanto hizo Francisco Pizarro con Atahualpa, á quien echó al fuego, entre otros artículos de acusacion, porque el Inca habia tenido muchas mujeres, cuando las leyes de Castilla prohibian la poligamia. No de otro modo los católicos ignorantes juzgan á los pueblos anteriores al Mesías por las leyes, no de Jesús siquiera, sino de la curia eclesiástica. Platon, Aristóteles, Marco Tulio han quebrantado

los mandamientos de la Iglesia: no han oído misa entera, no han confesado y comulgado por pascua florida, no han pagado diezmos y primicias, no han comido peje el viérnes, no han ganado indulgencias; al infierno! Hé aquí la santidad, hé aquí la sabiduría de esos locos voluntarios. Y á qué infierno se hubieran ido, cuando no lo había en esa época del mundo? El infierno es institucion posterior; lo que entónces había era Averno, Tártaro, debajo de los Campos Eliseos; cosa muy diferente del infierno de sapos y culebras de nuestros clérigos. Decir que Tales de Mileto, Pitágoras de Sámos, Anacársis y más filósofos pata de perro están en el infierno de los cristianos, es lo mismo que decir que esos sabios vagabundos se fueron á Babilonia en ferrocarril, y visitaron las Pirámides en velocípedo. Que se hallen en el Orco, siquier Tártaro, vaya en gracia; en el infierno católico, *nego*. El infierno católico es asunto que nos atañe á nos los papistas, nos los jesuitas, nos los benedictinos; el infierno católico nos incumbe á nos las hijas del Buen Pastor, nos las beatas, nos las viejas urdemales; el infierno católico es ganga de los que oímos misa, nos rompemos el pecho á mogicones, pagamos diezmos á la Iglesia y despojamos al d'esvalido para reembolsar esa contribucion sagrada. Á él nos vamos los pontífices con nuestras tiaras sembradas de pedrería fina, y nuestro báculo de puño de oro: á él nos vamos los obispos con nuestras altas mitras y nuestra capa magna: á él nos vamos los canónigos con nuestra barriga reverenda y nuestra papada de tres pisos: á él nos vamos los curas con nuestra codicia, nuestra inclemencia, nuestra ignorancia y nuestros hijos. Las almas

de los escépticos, los pirrónicos y los peripatéticos no pueden haber permanecido mil años en el aire esperando la fundacion de nuestro infierno. Á él nos vamos los emperadores cargados de riquezas, de soberbias y de sangre: á él los guerreros hartos de victorias y laureles, hartos de lágrimas sin compasion ni remedio: á él los sabios falibles, pseudo-sabios, que propagan absurdos y enseñan equivocaciones: á él los hombres de estado que provocan guerras, esquilman á los pueblos y echan á perder la república por ineptitud ó por malicia. ¿Qué lugar ha de haber para los gentiles en nuestro infierno? Á él nos vamos los letrados vanidosos, los escritores maliciosos, los poetas inmorales y tontos: á él las señoronas gordas de pecados, las señoritas afeitadas de alma y cuerpo, las maduras impertinentes. Jurisconsultos, escribanos, tiranuelos, esbirros, frailes, clérigos y monjas, muchos son entre nosotros para que haya vacantes en el infierno de ofrecer á los pecadores del gentilismo. La América para los americanos, dijo Monroe; y esta idea se ha convertido en principio de derecho tácito: así, el infierno para los católicos; y quede esta regla convertida en dogma de fe. *Si quis... anathema!*

Léjos nos hallamos de pensar que el infierno sea creencia perjudicial, ni siquiera inútil para el género humano. Si no existiese el infierno, sería preciso inventarlo, como ha dicho un filósofo hablando de Dios. Raros, muy raros serían los hombres que amasen á Dios, aun cuando no hubiera cielo; y le temiesen, aun cuando no hubiera infierno, como la santa

doctora que tantas veces hemos de nombrar en este libro. La idea de las recompensas y los castigos futuros es de todas las religiones, y está fundada en el principio de la justicia universal, la justicia divina. Si en este mundo pudieran ser castigados todos los delitos, estarían tal vez por demás las penas subsecuentes á la vida; y si todas las virtudes y las buenas obras fueran premiadas desde aquí, el galardón de la eternidad no viniera á ser del todo necesario. Mas como nuestros peores delitos, cuales son los que cometemos en lo profundo del pecho contra nuestro Criador y Padre, quedan impunes en la tierra, justo es pensar que algo hay allá de terrible y no sospechado por nosotros. Asimismo la conciencia y el sentido interior no toleran ver frustradas por la nada las mayores virtudes de que somos capaces. La parte feliz de nuestra especie; esos que viven sin motivo de queja del mundo; que gozan según su naturaleza, y no padecen ó padecen poco; esos que ni experimentan el suplicio perpetuo del crimen, ni saborean la dulce satisfacción de las buenas acciones; esos podrán quizá ser indiferentes á la doctrina de la gloria y las penas futuras. Los que padecen por la justicia, la verdad, la moral; los que trabajan y viven hartos de hambre; los que sudan y no tienen agua; los que sirven á sus semejantes, y reciben en desprecios y golpes el pago de su buena voluntad; los que sufren con paciencia los rigores de la suerte, derramando lágrimas de resignación y amor; los que ven sus miembros lacrados, su piel escoriada, sus huesos desportillados, y no se irritan ni reniegan; los que en medio de las sombras dolorosas de la miseria levantan los ojos á Dios y le ben-

dicen; los que se sacrifican por las santas causas; los que viven pensando y alabando al Infinito, creyendo y temiendo; éstos, digo, todos éstos, tienen derecho á la recompensa futura: la nada sería gran injusticia; y Dios no las comete ni grandes ni pequeñas. Ahora pues, los malvados que hacen todo; los sacrílegos que se burlan de lo que no saben ni conocen; los tiranos que destruyen pueblos asesinandolos ó corrompiéndolos; los mentirosos que matan alevosamente la verdad á cada paso; los calumniantes que exponen á la deshonra ó la ruina al inocente; los que derraman sangre con premeditación; los libertinos infatigables que se comen á bocados honestidad, pudor y paz de las familias; los impíos que niegan á Dios; los corrompidos que predicán el abuso con nombre de libertad, la violencia á título de derecho, el error en forma de *luces*; los hipócritas que engullen carne divina, devorando los miembros de Cristo debajo de la capa; los fanáticos que propagan su religión á sangre y fuego, insultando y calumniando á la Divinidad: todos estos perseguidores tenaces de Dios y de los hombres, que se van sanos y buenos á la sepultura, sin haber padecido ni sufrido; justo es, necesario es que allá, al otro lado de la vida, vayan á ver lo que han hecho y paguen sus maldades. Ticio, cuyo hígado hinchado sirve de comida inagotable á un buitre inmortal; Ixion, dando vueltas eternamente en su rueda espantosa; Sísifo, á cuestras con su pedron por el repecho á cuya cima nunca llega, son emblema del infierno de los griegos, y acreditan que ese pueblo sabio no desechó la doctrina de las penas y las recompensas futuras. En mi humilde entender yo no difiero de los